



# LAS MUCHAS NOCHES

1

LUIS FERNANDO  
AFANADOR

ILUSTRACIONES:

*Stories from the Arabian nights* de Housman y Dulac, 1907

Los avatares de las ediciones y los traductores de *Las mil y una noches* bien podrían incluirse como otra narración del libro: es una aventura fascinante. Ya en 1936, el tema despertó el interés del joven Borges, quien le dedicó un ensayo en *Historia de la eternidad* (2009). Lo veía como una apasionada confrontación: “Lane tradujo contra Galland, Burton contra Lane; para entender a Burton hay que entender esa dinastía enemiga”. Antoine Galland era un arabista francés que había traído un manuscrito de Estambul, el cual contenía una recopilación de algunos antiguos cuentos y relatos fantásticos. Los tradujo y les dio el sugestivo título de *Las mil y una noches*. Lo publicó en París, en 1704, y fue un éxito inmediato, a pesar de sus muchos yerros. Galland suprimió fragmentos, adicionó historias que no hacían parte de los manuscritos —con la ayuda del maronita Hanna, su asesor— y lo más grave, adaptó su lenguaje al buen estilo y al decoro francés de la época. Sin embargo, Borges le reconocía lo suyo: “Palabra por palabra, la versión de Galland es la peor escrita de todas, la más embustera y la más débil, pero la mejor leída. Quienes intimaron con ella, conocieron la felicidad y el asombro. Su orientalismo, que ahora nos parece frugal, encandiló a quienes aspiraban rapé y complotaban una tragedia en cinco actos”. Y tenía otro aspecto para él innegable: era la que había despertado el entusiasmo de Coleridge, Thomas de Quincey, Stendhal y Edgar Allan Poe.

2

Dice Borges: “A los noventa años de la muerte de Antoine Galland, nace un diverso traductor de las *Noches*: Eduardo Lane”. Lane, quien había vivido cinco años en El Cairo y se había impregnado de la cultura musulmana, hace una versión erudita pero también mutilada. No obró con el criterio del “mal gusto”, como lo había hecho Galland, sino obedeciendo a su mojigatería: “Basta la más oblicua y pasajera alusión carnal para que Lane olvide su honor y abunde en torceduras y ocultaciones”. El propio Lane, en una confesión que haría enrojecer de vergüenza a un traductor de hoy, expuso su método: “Paso por alto un episodio de lo más reprensible. Suprimo una explicación repugnante. Aquí una línea demasiado grosera para la traducción. Suprimo necesariamente otra anécdota. Desde aquí doy curso a las omisiones. Aquí la historia del esclavo Bujait, del todo inapta para ser traducida”. Y, como si fuera poco, cuando la mutilación que ha realizado le parece excesiva, sencillamente prefiere excluir los cuentos “porque no pueden ser purificados sin destrucción”.

3



En 1872, el capitán inglés Richard Burton, cónsul en Trieste, hace otra traducción famosa de *Las mil y una noches*. Burton escribe para aniquilar a Lane, aunque ese no sería su peor pecado. Quiere cautivar a los caballeros ingleses del siglo XIX con unos cuentos orales inventados en el siglo XIII: “éstos eran pícaros, noveleros, analfabetos, infinitamente suspicaces de

lo presente y crédulos de la maravilla remota; aquellos, eran señores del *West End*, aptos para el desdén y la erudición y no para el espanto

y la risotada”. Burton los intelectualiza y traduce los dísticos y poemas que abundan en las narraciones como si fueran versos ingleses. Para Borges, “el oído queda casi tan agravado como la lógica”. En fin, una traducción con un estilo heterogéneo, abigarrado de neologismos y extranjerismos y excesivo de notas.



4

En 1899, el doctor Mardrus hizo una traducción al francés que se anunciaba como una “versión literal y completa del texto árabe” y que restituía “la admirable lascivia” de las *Noches*, escamoteada por “la buena educación” de Galland y los “remilgos puritanos” de Lane. Mardrus no mutila, pero le da un toque de “color oriental”, con visires, besos, palmeras y lunas, que la hace parecer una película de Cecil B. DeMille. Dice Borges:

Continuamente Mardrus quiere completar el trabajo que los lánguidos árabes anónimos descuidaron. Añade pasajes *art-nouveau*, buenas obscenidades, breves interludios cómicos, rasgos circunstanciales, simetrías, mucho orientalismo visual. Un ejemplo de tantos: en la noche 573, el gualí Muza Bennunseir ordena a sus herreros y carpinteros la construcción de una escalera muy fuerte de madera y de hierro. Mardrus (en su noche 344) reforma ese episodio insípido, agregando que los hombres del campamento buscaron ramas secas, las mondaron con los alfanjes y los cuchillos, y las ataron con los turbantes, los cinturones, las cuerdas de los camellos, las cinchas y las

guarniciones de cuero, hasta construir una escalera muy alta que arrimaron a la pared, sosteniéndola con piedras de todos lados... En general, cabe decir que Mardrus no traduce las palabras sino las representaciones del libro: libertad negada a los traductores, pero tolerada en los dibujantes.

5

Conocedor de los desaciertos y de los méritos de las más conocidas traducciones, Borges parece resignarse a ellas y acoger la idea de Enno Littmann, responsable de una traducción “insípida” al alemán: lo que importa, finalmente, es que *Las mil y una noches* sea vista como “un repertorio de maravillas”. Años después, en su célebre *Siete noches* (2009a), como zanjando definitivamente el asunto, dirá: “*Las Noches* tendrán otros traductores y cada traductor dará una versión distinta del libro”. Eso era cierto, parecíamos habernos conformado con versiones dudosas. Como el origen de las historias era oral, parecía que cualquier modificación estaba permitida. Hasta que en 1987 apareció la edición del sirio-francés —nacido en Alepo— René R. Khawam. Un trabajo de treinta y nueve años que cambia por completo la visión de esa obra y que es imposible ignorar.

6

Para Khawam, la primera edición árabe de *Las mil y una noches*, conforme en su totalidad a los escritos originales, fue la que se publicó en Calcuta en 1814. Pero fue eclipsada por la de Boulaq (El Cairo, 1835), la cual “no se halla, ni de lejos, a su altura”. Por cierto, esta es la que ha sido el punto de referencia para casi todos los traductores después de Galland y fue la que utilizó el doctor Mardrus. Para fijar el texto, el editor de Boulaq, asesorado por clérigos de la universidad islámica, utilizó manuscritos del siglo XVIII, es decir, de una época en la que soplaban aires de fundamentalismo, lo cual



alteró gravemente los textos: hay pasajes maquillados para que el lector no vea cómo un califa que, por imprudencia se disfraza de hombre de la calle, sufre la amenaza de verse linchado; no hay referencia a ningún vino embriagador, pues solo se beben jugos. Además, y para tratar de respetar la división en noches (que no aparece en los manuscritos antiguos), el editor agranda el libro con añadidos fantásticos, plagados de otras obras. Y cuando el material no da más de sí, opta por cortar cada noche que, de

una decena de páginas al principio de la obra, se convierte en unas cuantas frases hacia la parte final. “Como ya hemos señalado en otras ocasiones, en árabe la expresión *mil y una* significa *muchas*. Tratar de dividir a cualquier precio esta obra en mil y un capítulos resulta bastante forzado”.

7

Hacia el siglo XIII, en Bagdad, cuando se recopilaban estas historias —al parecer por un autor en el exilio—, el califato era débil por el acecho inminente de los cruzados y los mongoles, por la desobediencia de los visires y la proliferación de bandas. Una época de crisis en la que el pueblo responde con imaginación y libertad. Por eso, expurgar la crítica al califa, el tenor político de las narraciones, altera su sentido. “¿Por qué ser más papistas que el Papa, o más califa que el califa? ¡Bendito sea aquel islam que aún no había olvidado que la ley del profeta, a pesar de sus excesos, siempre tiende a la indulgencia, y que profesaba, al igual que los sabios sufíes, que el mundo de los hombres ha de ser regido por el Amor!”.

8

La edición de Khawam empieza con la historia de Sherezade y el príncipe Shariyar, una narración que sirve de marco pero que no es el hilo conductor porque, como se dijo, no hay

“mil y una noches”. Él las agrupa entonces en cuatro grandes ciclos: Damas insignes, Pícaros sirvientes; Corazones contrariados; Pasiones viajeras y El sabor del tiempo. Desde luego, no incluye las historias apócrifas de Aladino, Alí Babá y Simbad el Marino. A cambio, incluye historias inéditas que encontró en manuscritos más fiables del siglo XIII y en los que había traído Galland, los cuales reposan en la Biblioteca Nacional de Francia.

9

La mujer, como rebelde contra el orden establecido, es la gran protagonista de la edición de Khawam. Una mujer empoderada, pese a la preponderancia de los valores masculinos, que termina imponiéndose. “No hay guardianes, murallas ni cadenas que puedan con las tretas de la mujer, atizadas por la imperiosa necesidad de gozar”. Relegada al harén, esclavizada, tiene sin embargo el poder de frustrar el deseo de los hombres y doblegarlo. Posee el misterio, inaccesible a ellos, del gineceo. Es el centro, porque el deseo que ella suscita involuntariamente es el centro de todo. Es la que desata los efectos de la magia, la que reconoce al príncipe encantado en forma de pájaro, la que domina la palabra y cautiva el corazón de los poderosos. ¿Una ginecocracia?

Por supuesto que, desde el punto de vista del poder teórico, el cetro, el trono y la parafernalia habitual permanecen en manos de los hombres. Pero si un ojo pintado, un pie pequeño o un seno entrevisto a la hora del baño llegan a capturar su atención, se aprestarán a prescindir de esos nobles distintivos y se los pondrán por monteras, dispuestos a vivir como pordioseros y correr de una esquina a otra del mundo si hace falta, con tal de conquistar aquella carne deseada.

El imaginario musulmán —y acaso masculino— de que el deseo de la mujer es insaciable, es apaciguado e ironizado en *Las mil y una noches*. Finalmente, Sherezade, con su narración, vence la brutalidad del rey.

10

*Las mil y una noches* es una recopilación de historias antiguas, algunas de ellas provenientes del Indostán y de Persia, aunque con una indudable esencia árabe. Pero alguien las recopiló y las escribió. Khawam apunta a un estilo y a un autor: “No parece fortuito, en consecuencia, que el último de los cuentos, *La fuerza del amor*, sea una especie de eco de la historia de Sherezade, con la que comenzaba la obra. Y esto nos reafirma por completo en la convicción de que *Las mil y una noches* procede del cálam de un único autor, cuyo nombre no debería ser difícil de identificar”. Por la nostalgia del terruño, por las referencias, Khawam cree que el autor es un descendiente del escritor Hussein al-Alma’i al-Kashgarí, de la ciudad de Kashgar —hoy China—, antiguo bastión comercial de la Ruta de la Seda. Ventrán, como decía Borges, otros traductores y otros editores de estas “muchas noches”, pero pasará mucho tiempo antes de que alguien supere la edición de René Khawam, por ahora, la más confiable de todas. ■



Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta a Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.

#### Referencias

Borges, Jorge Luis (2009). *Obras completas*, Tomo I. Emecé.  
— (2009a). *Obras completas*, Tomo III. Emecé.  
Khawam, René R. (1987). *Les Mille et une Nuits*. París: Phébus.  
[Traducido al español por Edhasa en 2010. Para el artículo se usó la tercera reimpresión, abril de 2016].